

tono breve con que se dicen siempre las cosas evidentemente desagradables y que no tienen ya remedio.—Creo que sabéis ya que me caso con Audotia Vasilievna.

Y se calló un momento.

—Había hecho la resolución de no casarme... después que vuestra madre... pero...

Y se calló de nuevo.

—Pero evidentemente este era mi destino. Dunitchka es buena, es amable y no es ya muy joven; yo creo, hijos míos, que llegaréis á amarla, pues ella por su parte os ama ya con todo su corazón... Es muy buena. Ahora,—dijo precipitándose en hablar para que no le pudiésemos interrumpir,—ahora es tiempo ya de que partáis para volver á la Universidad. Yo me quedaré todavía aquí hasta año nuevo y entonces vendré á hallaros en Moscova...

Hizo papá una nueva pausa.

—Vendré á hallaros en Moscova con mi mujer y con Lubotchka.

A mí me causaba honda pena ver á mi padre tan cohibido y manifestando tanta timidez como si se reconociese culpable ante nosotros. Me acerqué un poco más á él, pero Volodia, con la pipa en la boca y la cabeza baja, continuaba paseándose por el salón.

—He aquí, hijos míos, he aquí lo que vuestro padre ha imaginado,—concluyó diciendo papá con el rubor en las mejillas y alargándonos las manos. Gruesas lágrimas brillaron en sus ojos al pronunciar estas palabras y ví que la mano que presentaba á Volodia, quien se hallaba en aquel momento en la otra parte del salón, temblaba fuertemente. La vista de esa mano temblorosa me hizo muchísima pena, ocurriéndoseme entonces la idea, que me entristeció aun más, de que mi padre había hecho la campaña de 1812 y que se había ganado en ella el renombre de valiente oficial. Tomé su gruesa mano surcada por grandes venas y la besé respetuosamente. Estrechó con fuerza mi mano, y luego llorando tomó la pequeña cabeza de Lubotchka y la cubrió de besos. Volodia dejó caer expresamente la pipa y al bajarse para cogerla se enjugó una lágrima con el revés de la mano, y tratando de no ser visto salió precipitadamente de la estancia.

XXXVI

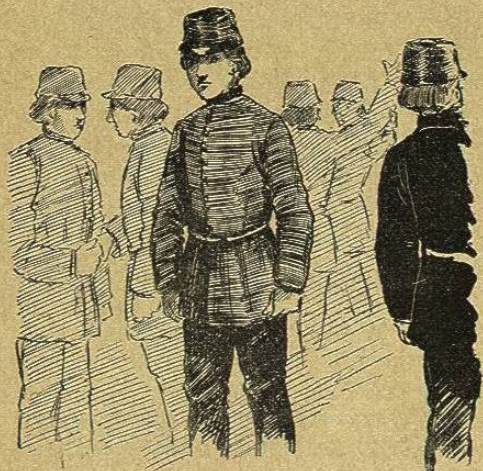
Otra vez en la Universidad

EL matrimonio había de celebrarse al cabo de dos semanas, pero se abrían los cursos y Volodia y yo partimos para Moscova, á principios de setiembre. Los Nekhludov habían vuelto ya también del campo. Dmitri—al separarnos nos habíamos hecho la promesa de escribirnos con frecuencia, pero naturalmente no lo habíamos hecho ni una vez—vino á casa el primer día y convenimos en que al siguiente, por ser la primera vez, me acompañaría á la Universidad.

Era un día de un sol hermosísimo.

Apenas entramos en el aula, sentí desaparecer mi personalidad en medio de aquella multitud de jóvenes, fisonomías alegres que, bajo la clara luz del sol que penetraba á torrentes por los altos ventanales, aparecían en verdaderas oleadas por todas las puertas y todos los corredores. La conciencia de que yo formaba ya parte de tan numerosa y tan alegre sociedad me causó gran satisfacción. Pero entre tan innumerables gentes á bien pocos conocía, y aun por lo que á estos hace mi amistad se limitaba á un movimiento de cabeza y á estas cortas palabras: «Buenos días, Irteniev». En cambio, entorno mío, todo el mundo se estrechaba la mano, se abrazaban, por todas partes se oían frases amistosas, amabilidades, bromas, risas... Sentí profundamente los lazos que unían á toda esa joven sociedad y con tristeza comprendí que de mí no hacían el menor caso.

Pero esto fué una impresión del primer momento, gracias á la cual y al despecho que despertó en mí, pronto me pareció, por el contrario, que era mucho mejor no pertenecer á una semejante sociedad, pues yo había de tener mi círculo aparte y de hombres distinguidos, por lo cual me senté en el tercer banco, donde esta-



ban algunos condes y príncipes y entre ellos mi amigo Ivine. Pero todos esos me miraron de tal manera que comprendí enseguida que tampoco pertenecía yo del todo á esa sociedad. Sin embargo, no me moví, y continué observando lo que pasaba entorno mío. Semenov, con sus cabellos grises en desorden y desabrochada la levita, se hallaba sentado no lejos de mí, de codos sobre el pupitre

y royendo su portaplumas. El colegial que en los exámenes había ganado el número uno estaba sentado en el primer banco; llevaba todavía la cara cubierta con un vendaje negro y estaba jugando con la llavecita del reloj que colgaba sobre su chaleco de satén. Ikonin, admitido otra vez en la Universidad, estaba sentado en el último banco y con grandes risas gritaba que se hallaba de nuevo en el Parnaso. Ilinka, el cual, con gran sorpresa mía, me saludó no tan sólo fríamente, sino hasta con desprecio, como si quisiese recordarme que en tal sitio éramos ambos iguales, estaba sentado delante de mí y apretaba sus delgadas piernas contra el banco, pareciéndome que hacía esto sólo para molestarme; hablaba con otro estudiante y de vez en cuando me miraba. A mi lado, los amigos de Ivine hablaban en francés y todos esos caballeros me parecieron horriblemente tontos. Cada una de las frases que oía de su conversación me parecía no tan sólo insensata, sino además muy incorrecta, por lo cual iba pensando: «Esto no es francés»; y aún las actitudes, las palabras y los actos de Semenov, de Ilinka

y de los demás estudiantes me parecían desprovistos de nobleza, de distinción, no eran *comme il faut*.

No formaba parte de grupo ninguno, y sintiéndome solo é incapaz por entonces de ligarme á ninguno de los bandos que existían entre los escolares, me enfadé conmigo... Un estudiante, no lejos de donde yo estaba se entretenía royéndose las uñas, lo cual me causó un asco tan inmenso que procuré no mirarle. Mi recuerdo más fuerte de ese primer día pasado en la Universidad es el de una gran tristeza.

Cuando entró el profesor, todos se agitaron y se hizo un gran silencio; recuerdo que mi humor satírico las dió contra el catedrático, pareciéndome muy mal que comenzase su explicación con una frase que á mí me pareció vulgar y sin sentido. Yo quería que la conferencia fuese de veras notable desde el principio al fin, de manera que no se le pudiese quitar ni añadir nada. Pero frustrada ya mi primera esperanza, en el magnífico cuaderno que había traído y en cuya primera página había escrito con hermosa letra: *Primera conferencia*, no hice más que trazar dieciocho perfiles que se unían en el centro en forma de flor, mas iba moviendo con lentitud la mano para que el profesor, convencido como estaba de que había de ocuparse especialmente de mí, creyese que escribía sus palabras. En esa misma conferencia me convencí de que sería difícil y aún tal vez innecesario escribir todo lo que dijese los profesores, y así tomé por norma lo que acababa de hacer siguiendo esta regla hasta fin de curso.

En las conferencias siguientes ya no sentí con tanta fuerza mi soledad, pues trabé conocimiento con muchos estudiantes; ya tenía con quien dar grandes apretones de manos y con quien hablar; pero nunca entre mis camaradas y yo llegó á establecerse, no sé por qué, una verdadera corriente de simpatía, y muchas veces me ponía triste ó fingía estarlo. Con los camaradas de Ivine, los aristócratas, como les llamaban, no logré marchar nunca bien, porque, según ahora recuerdo, estuve siempre con ellos lo más grosero del mundo, no saludándoles sino cuando me saludaban ellos primero, debiendo tenerse además presente que tampoco ellos necesitaban de mi amistad. Con los demás estudiantes, mi apartamiento procedía de otras causas. Apenas comprendí que algunos de mis camaradas empezaban á sentir alguna simpatía por mí, me apresuré á hacerles saber que era pariente del príncipe Ivan Ivanovitch, que comía muchas veces en su casa y que tenía coche y cochero míos. Todo esto lo decía yo para presentarme á mis compañeros bajo el aspecto más favorable y para que me quisiesen

más; pero los informes que les daba acerca de mi parentesco y acerca de mis propiedades, con gran extrañeza de mi parte, no hacían sino volver más orgullosos y más fríos á mis compañeros para conmigo.

Uno de los escolares, que había obtenido una de las bolsas de estudio, Operov, era un joven muy modesto, muy inteligente y muy laborioso, el cual cuando tendía la mano lo hacía sin doblar los dedos, haciendo el efecto de una mano de madera, gesto que nuestros camaradas imitaban algunas veces para reírse. Casi siempre me sentaba al lado de éste y hablábamos como buenos amigos. Operov me gustaba, sobre todo, por las libres opiniones que exponía acerca de los profesores. Con claridad y justicia sabía definir los defectos y las cualidades de cada uno de ellos, y aún muchas veces se burlaba de alguno. Lo que me hacía mayor gracia y más me gustaba en él es que todo eso lo decía con su voz débil y baja, saliendo con pena de su minúscula boca. Apesar de todo, con su fina y clara escritura, tomaba cuidadosamente nota de todas las explicaciones de los catedráticos. Empezaba á nacer entre nosotros una mutua y fuerte simpatía, cuando una vez me pareció necesario explicarle, en medio de nuestra conversación, que mi madre, al morir, había dicho á papá que no nos pusiese nunca en pensionados, y mucho menos en establecimientos del Gobierno, á lo cual añadí que todos los alumnos de esos establecimientos oficiales eran quizás muy sabios, pero que por mí...—sin pensar que hablaba con uno de ellos,—aunque lo fuesen no eran gente *comme il faut*, y dije esto ruborizándome hasta las orejas. Operov no me objetó nada, pero al día siguiente no fué el primero en saludarme, ni me habló ni me tendió su mano, y cuando me senté inclinó la cabeza hacia el otro lado, fingiendo examinar uno de sus cuadernos. Me extrañó mucho esta frialdad, que me pareció no tener causa ninguna. Mas, me pareció que *un joven de buena casa* no había de hacer avances de ninguna clase con un alumno oficial como era Operov, y ya no me cuidé más de él. Una vez llegué al aula antes que él y cómo explicaba aquel día nuestro profesor favorito, estaba la sala completamente llena, asistiendo á la conferencia muchos que los demás días no venían. Viendo desocupado el sitio en que solía ponerse Operov, dejé mis cuadernos y mis libros sobre el banco, y me salí no recuerdo á qué. Al volver al aula, encontré mis cuadernos en el banco de atrás y Operov sentado en su sitio habitual. Le hice notar que yo había dejado allí mis cuadernos y que por lo tanto aquel sitio era mío.

—Nada sé,—me contestó rojo de ira y tratando de evitar mis miradas.

—Digo que he colocado mis cuadernos aquí y que este sitio es mío!—grité con gran calor, pensando asustarle con mi audacia.—

Todos lo han visto, —añadí, mirando á los estudiantes, pero ninguno dijo una palabra, aunque varios de ellos nos miraban con cierta curiosidad.

—Aquí no se compran los sitios, el primero que llega se sienta,—y se acomodó en el banco, dirigiéndome una rápida mirada llena de cólera.

—Esto significa que sois un mal educado!—dije. Creo que Operov contestó algo, hasta pareceme que dijo una cosa así: «Y tú no eres más que un imbécil», pero lo cierto es que no le oí. Qué necesidad había de oírle? Para estarnos injuriando como carreteros? Con todo, quizás le hubiese dicho yo alguna otra cosa, pero en aquel momento se abrió la puerta y el célebre profesor subió rápidamente á la tarima.

No obstante lo sucedido, antes de los exámenes, cuando tuve necesidad de los apuntes, acordándose Operov de la promesa hecha, me ofreció los suyos y me invitó á trabajar con él.





XXXVII

Los negocios del corazón

Los negocios del corazón me tomaron bastante tiempo este invierno. Estuve enamorado tres veces. La primera vez me apasioné perdidamente de una gran señora que ví en el picadero de Freytag, y cada martes y cada viernes, días en que iba ella, yo iba también al picadero únicamente para verla; pero tuve siempre tanto miedo de que ella me pudiese ver, que solía mantenerme muy apartado y echaba á correr hacia otro lado si ella había de pasar por donde yo estaba, volviendo á otra parte la cara cuando ella dirigía su mirada distraída hacia donde estaba yo, de manera que apenas puedo recordar ahora el rostro que aquella señora tenía, ni si era verdaderamente hermosa ó no.

Dubkov, que conocía á esa señora y que por Dmitri sabía mi pasión, hallándome un día en el picadero, escondido tras los criados que sostenían los abrigos, me propuso presentarme á la dama amazona, lo cual me aterrorizó de modo que escapé corriendo del local, y á la sola idea de que podía haberle hablado de mí, no me atreví ya á volver otra vez, ni siquiera poniéndome detrás de los criados, ante el temor de que pudiese aquella mujer mirarme.

Siempre que estuve enámorado de una mujer á quien no conociese mucho, y sobre todo si era una mujer casada, experimentaba una timidez mil veces mayor que la que sentía con Sonitchka. Lo que más temía en el mundo, era que el objeto de mi pasión llegase

á conocer este amor y aún que sospechase mi existencia; parecíame que si llegaba á descubrir el sentimiento que yo experimentaba por ella se sentiría ofendida para no perdonármelo jamás. Y en efecto, si esta amazona hubiese llegado á saber cómo yo la contemplaba escondido tras los criados, y cómo imaginaba robarla, llevarla al campo, vivir allí con ella... quizás se sintiera profundamente agraviada.

Una segunda vez me enamoré de Sonitchka, que hallé un día en el cuarto de mi hermana. Mi segundo amor por ella estaba olvidado hacia ya tiempo, pero me enamoré una tercera vez porque Lu-

botchka me dió un cuaderno de poesías que había copiado Sonitchka, entre las cuales había *El demonio* de Lermontov, cuyos pasajes tristes y amorosos estaban subrayados con tinta roja, y cuyas páginas estaban llenas de flores. Recordando cómo, el año anterior, Volodia besaba el pañuelo de su enamo-



rada, traté yo de hacer lo mismo y, una vez solo en mi cuarto, lancé la imaginación por los espacios de la fantasía, y contemplando las flores empecé á besarlas, lo cual me dejó en un estado agradableísimo y lleno de sentimentalidad, con lo cual creí haber quedado enamorado otra vez, amor que me duró algunos días.

Finalmente, este mismo invierno me enamoré una tercera vez, de una señorita de la que también Volodia estaba enamorado y que venía con alguna frecuencia á casa. Esta señorita, según ahora la recuerdo, no tenía nada absolutamente de hermosa, y aun menos de la hermosura que á mí me gustaba. Era hija de una señora de Moscova, muy conocida y según decían muy sabia; era pequeña, delgaducha y tenía un perfil muy duro. Todo el mundo decía que esta joven era mucho más inteligente y más sabia que su madre, pero esto nunca lo experimenté por mí mismo porque, dominado por un santo temor hacia su talento y su ciencia, no le hablé más que una sola vez y lleno de un terror inexpresable. Pero los entusiasmos de Volodia, que nadie ni nada cohibía, se me comunicaban con tal fuerza que al fin caí apasionadamente enamorado de esa joven. Pero comprendiendo que le sería desagradable á Volodia

saber que «dos hermanitos estaban enamorados de la misma mujer» nada le dije de esta pasión mía. A mí, por el contrario, lo que más me placía en este sentimiento, era precisamente la idea de que era tan puro nuestro amor, que seguíamos siendo tan amigos aún amando á la misma encantadora criatura, y que, si llegaba á ser necesario, estábamos los dos dispuestos á sacrificarnos el uno por el otro. No obstante, paréceme que Volodia no compartía del todo este sentimiento del sacrificio, pues era tan fuerte su amor ó él lo decía, que no hablaba sino de abofetear y aún de provocar en duelo á un verdadero diplomático, que, según decían, se iba á casar con esta señorita. En cuanto á mí, quizás me era agradable esta idea del sacrificio, porque no había hablado con ella más que una sola vez sobre música, y especialmente porque mi amor, á pesar de todos mis esfuerzos para inflamarlo, desapareció del todo la semana siguiente.



XXXVIII

En el gran mundo

Los placeres mundanos, á los cuales, al hacer mi entrada en la Universidad, soñé que podría entregarme imitando á mi hermano, no me dieron más que desengaños. Volodia bailaba mucho y asistía á toda clase de reuniones; papá frecuentaba también la sociedad con su joven esposa, pero de mí nadie se acordaba, quizás porque les parecería demasiado joven, quizás porque no me juzgarían digno de tomar parte en sus placeres; lo cierto es que no tenían prisa en llevarme á las casas donde se celebraban esta clase de reuniones.

A pesar de mi promesa de ser sincero con Dmitri, ni á él ni á nadie le dije cuánto deseaba asistir á los bailes y la honda pena que me causaba el que me dejasen en casa como olvidado; sin duda me consideraban todos como un filósofo, porque, precisamente á causa de esto, yo me presentaba artificialmente como tal.

Pero á mediados de invierno la princesa Kornakov dió un gran baile, y nos invitó á todos, incluso á mí, de manera que por la primera vez asistiría á una de estas reuniones del gran mundo. Antes de salir, Volodia entró en mi cuarto para ver cómo me vestía. atención que me sorprendió mucho de su parte y me cohibió extraordinariamente. Parecíame á mí que el deseo de aparecer bien puesto y bien vestido era cosa vergonzosa y se había de disimular en toda ocasión. Mi hermano, por el contrario, hallaba tan natural